

EL SER Y EL DEBER SER DEL PROFESOR DE INGENIERÍA

ING. JUAN OCÁRIZ CASTELAZO
PROFESOR DE ASIGNATURA, FI, UNAM
juanocarizc@gmail.com

(Temática: 4. Formación del personal docente)

RESUMEN

Cada profesor tiene una imagen de sí mismo que generalmente no corresponde a la realidad. Esta falta de objetividad impide en su raíz cualquier intento, ya personal, ya institucional de mejorar la calidad y la eficacia del personal docente. La formación y el perfeccionamiento de los profesores requiere fundamentos sólidos. Uno de ellos es el propio conocimiento, otro, un ideal o paradigma hacia el cual dirigirse. En este trabajo pretendemos señalar las notas más comunes de los profesores de ingeniería, proponer medios para lograr un autoconocimiento objetivo, y sugerir un esquema de los rasgos que deben caracterizar a un profesor ideal.

Me parece improbable que alguno de nosotros se atreva a precisar en qué momento termina la educación de una persona. Es evidente que al terminar sus estudios profesionales, cualquiera de nuestros alumnos tiene todavía un largo trecho por recorrer por lo que se refiere a su capacitación como ingeniero; y no se puede decir menos sobre los otros muchos aspectos de su vida como ciudadano, como esposo, como padre... El mismo planteamiento lo podemos aplicar a la formación de un profesor universitario: ¿quién puede atreverse a señalar un plazo en el que una persona se haya convertido en un verdadero profesor? La carrera docente, que tiene tanta repercusión en la vida de muchísimos estudiantes, difícilmente se puede considerar acabada algún día.

Todos somos plenamente conscientes de la importancia de los profesores en la Facultad de Ingeniería. Sabemos que su labor ha sido decisiva para conseguir el prestigio de la Escuela y los logros profesionales de miles de estudiantes, que han beneficiado de tan diversos modos el desarrollo de nuestra Patria. Y nos enorgullece pertenecer a tal grupo. Pero también estamos al tanto de las grandes deficiencias de los resultados escolares; del enorme rezago de estudiantes, sobre todo en los primeros semestres; del bajo índice de titulación, y del alto porcentaje de reprobados en tantas materias. Y en este pequeño desastre algo tenemos qué ver también los profesores.

Sin duda queremos mejorar como profesores; nuestra presencia en este Foro lo confirma. No obstante, ese deseo puede ser completamente estéril sobre todo por dos razones: o porque no sepamos qué medidas tomar para cambiar, o porque tengamos una imagen equivocada de nuestra situación actual. Mi intención es presentar, a continuación, algunas sugerencias para quitar este segundo obstáculo.

No quisiera exagerar. Pero me atrevo a sostener que el profesor típico de la Facultad —sin duda los profesores de otras facultades tienen la misma pasta que nosotros— piensa de sí que es el mejor de su asignatura, el que mejor conoce los contenidos, que enseña muy

bien, que siempre tiene la razón, que es muy justo en sus evaluaciones. Sin embargo, ha de tener por cierto que otros profesores son mejores que él; que más de uno es más sabio; que, aunque haya alumnos que le entienden bien, no todos ellos piensan lo mismo; que comete errores, aunque no se dé cuenta, y que su justicia es sólo una aproximación a tal virtud, pues juzga apenas basándose en el azar de unos reactivos, y somete a los grupos a sus arbitrarias leyes de comportamiento.

Peor que todo eso, el profesor típico puede dañarse a sí mismo y a sus alumnos, y perjudicar el prestigio de la Facultad, pensando que nada tiene que aprender de otros profesores, de que los alumnos son "suyos", de que enseña muy bien y si los alumnos no aprenden es por culpa de ellos. Por supuesto que hay en el colegio de profesores muchos que, en diversos aspectos, si no en todos, nos superan y tienen mucho que transmitirnos. Los alumnos no llegar aquí por el prestigio de un profesor: es la Facultad quien los atrajo. Y qué hueco es pensar que alguien enseña algo si no hay nadie que aprenda; lo cual me recuerda el cuento del tecolote a quien una maestra trataba de enseñarle francés, creyendo que era un lorito: "Todavía no lo habla —decía—, pero se fija..."

Tener un idea errónea respecto a lo que es y debe ser la tarea de un profesor conlleva frecuentemente actitudes como la de pensar que hablando mucho se logra mucho aprendizaje; irritarse por la suspensión de una clase, por las interrupciones causadas tanto por los alumnos como por el personal administrativo, por las llegadas tarde de los alumnos; no tomar en cuenta los comentarios de los alumnos en sus evaluaciones, considerando que los estudiantes carecen por completo de criterio para juzgar a sus profesores. Tales actitudes y creencias siegan de raíz toda posibilidad de mejora personal.

Ya los griegos consideraban el propio conocimiento —*cognosce te ipsum*, tradujeron los romanos— como la suma de la sabiduría. Y siempre ha sido difícil autoconocerse. Pero el primer paso para el avance personal es ese conocimiento.

Las estrellas deportivas cuentan siempre con entrenadores. Pensemos, por ejemplo, en los nadadores. Ellos no pueden apreciar la corrección y la eficacia de sus movimientos en el agua; pero el entrenador, que no es mejor nadador que la estrella, lo ve desde fuera con claridad y puede decirle qué debe corregir. A los profesores, todos los demás, colegas y alumnos, les vemos sus defectos, pero cada uno es incapaz de ver los suyos propios. Si de verdad deseamos mejorar, tenemos que abrir los ojos de la mente, dejarnos permear por las observaciones y las críticas de los que nos ven, e intentar el cambio. Le sirve al nadador saber lo que está mal para corregirlo con esfuerzo, repitiendo una y otra vez los ejercicios.

¿Cómo podremos avanzar en nuestro conocimiento propio? ¿En que espejo debemos contemplarnos? ¿Quién puede decirnos qué es perfectible en nuestra tarea? Antes de constatar, tengamos en cuenta que la única persona capaz de lograr un cambio en nosotros, es cada uno de nosotros mismos.

Seremos buenos profesores en la medida en que mejoremos. La formación docente debe ser un proceso continuo. Un autor medieval decía que "no merece el nombre de bueno

quien no desea y aspira a ser mejor, y desde que uno no desea y aspira a ello, deja de ser bueno"

Considero que los jefes de cada departamento —o, en otros casos, el jefe inmediato de los profesores— debería sentir la responsabilidad de evaluar permanentemente el desempeño de todos los profesores. Para ello, habría que utilizar medios como los que a continuación propongo.

En primer lugar, la observación de la clase. Podría asistir el jefe del departamento u otro profesor de la asignatura y tomar nota del desarrollo de la sesión, con el fin de comentarlo posteriormente con el interesado.

Pero sería mucho mejor seguir en este tipo de observaciones la recomendación de Marcel Postic (*Observación y formación de los profesores*. Ediciones Morata. Madrid, 1996), con la asistencia de varios profesores a la misma clase, llenando cada uno la ficha de observación, atendiendo a la lista de criterios operacionales, que el mismo Postic presenta en la obra citada. En el anexo se puede consultar esa ficha.

Otro medio que es posible emplear es la filmación de la clase. Los medios modernos permiten que una persona pueda estar sentada en el aula filmando en video toda la sesión. En una reunión con dos o tres profesores se puede proyectar la filmación para comentar los aciertos y desaciertos, punto fuertes y puntos débiles, de la clase.

También pueden resultar útiles los talleres de microenseñanza. Es decir, reuniones de unos pocos profesores, en los que cada uno expone un tema breve, se filma, y se comenta. Este proceso que, sin duda, proporciona buena información, tiene el gran defecto de que no se trata de una clase real. No obstante, el profesor puede recibir muy buenas observaciones sobre su lenguaje, sus posturas, el uso del pizarrón o de los medios electrónicos, etc.

Las propuestas de arriba sólo son viables cuando se cuenta con la ayuda del departamento o de algunos colegas que, de común acuerdo, se observan mutuamente. Lo ideal sería ir empleando distintas técnicas en distintos semestres.

Pero aunque no se cuente con la muy deseable ayuda de otros docentes, contamos o podemos contar con otros medios para nuestro autoconocimiento. En primer lugar, las encuestas de los alumnos. Pensar que no nos sirven es un grave error. Sería tanto como si el gerente de ventas de una agencia de automóviles desechara las opiniones de las señoras porque "no saben nada de mecánica". Las opiniones de las mujeres son fundamentales, pues de ellas depende gran parte de las ventas. Tendemos a considerar sensatas las que nos favorecen y absurdas las que no. Pensamos que tiene razón el que dice "es Ud. el mejor profesor que he tenido en toda mi vida", pero que es un necio el que afirma que "no sabe explicar". Tan falsa es esta opinión como aquella. Si, dado el caso, sistemáticamente los alumnos afirman que vamos muy rápido, tengamos por seguro que vamos muy rápido.

También podemos acceder a los foros de *internet* que crean los estudiantes, en donde recogen sus opiniones sobre nosotros. Es sin duda muy desagradable leer lo que dicen,

saber que desaconsejan llevar con nosotros una materia, que consideran que nuestras clases son aburridísimas..., pero si lo aceptamos con ganas de mejorar, nos será muy útil.

Diógenes sostenía que "para que pueda uno corregir sus faltas debe buscar a un muy verdadero amigo que lo amoneste, o un áspero enemigo que lo reprenda, para que amonestado del primero o repudiado del otro quite el vicio o falta que tiene."

Pero ¿adónde hay que llegar? Para decirlo en pocas palabras, el profesor excelente debe estar centrado en el aprendizaje de los alumnos. Debe buscar la satisfacción de los estudiantes, no la suya propia. Además de mejorar siempre su forma de dar clase, utilizando nuevas y viejas metodologías, ha de procurar la orientación personal de cada alumno. Y, junto con una sana preocupación por el funcionamiento la Facultad, ha de profundizar día con día en los contenidos de las asignaturas.

Colocándonos una vez y otra en la verdadera posición en que nos encontremos, sabiendo que en nuestra labor hay tanto luces como sombras, teniendo la valentía de reconocer nuestras fallas, y teniendo la fortaleza para cambiar, podremos mantenernos en un proceso de mejora continua, que será modelo y acicate para nuestros alumnos.